

Prólogo

a la edición española

La sociedad civil en el mundo de la globalización

¿QUÉ ES LA «SOCIEDAD CIVIL GLOBAL»?

ANTE UN LIBRO QUE SE TITULA «LA SOCIEDAD CIVIL GLOBAL Y EL GOBIERNO del mundo», lo primero que uno se pregunta es qué quiere decir su autor con la expresión «sociedad civil global». De hecho, el concepto de sociedad civil ha tenido una gran diversidad de significados a lo largo de la historia. Un punto de referencia obligado en la evolución de esta expresión lo constituye la *Filosofía del Derecho* de Hegel. En esta obra, la sociedad civil aparece como un ámbito de relaciones situado entre la familia y el Estado. La sociedad civil es el espacio en el que cada cual persigue de forma egoísta sus propios intereses. Pero este objetivo obliga a que unos y otros se vinculen contractualmente entre sí. Se crea, así, un *sistema de las necesidades* en el que todos dependen de todos. De este modo, la sociedad civil hegeliana vendría a identificarse con lo que hoy entendemos por mercado.

Una concepción muy diferente la encontramos en la obra de Habermas, en particular en su libro *Facticidad y validez*.¹ Para este autor, la sociedad civil está constituida por organizaciones ciudadanas espontáneas del tipo de los movimientos sociales o Amnistía Internacional. La sociedad civil es, pues, diferente de los mecanismos productivos y distributivos del sistema económico. Se trata de un espacio fundamentalmente de la ciudadanía.

John Keane, el autor del libro que estamos prologando, se sitúa en una posición intermedia entre la concepción hegeliana y la habermasiana. La concepción de la sociedad civil que nos presenta incluye tanto las organizaciones ciudadanas como el mercado y las empresas. Lo veremos con detalle más adelante. En cualquier caso, Hegel, Habermas y Keane tienen una cosa en común: los tres caracterizan la sociedad civil por contraposición al Estado: la sociedad civil es algo esencialmente no estatal o no gubernamental.

1. Jürgen Habermas, *Facticidad y validez*, Trotta, Madrid, 1998, p. 447.

La expresión «sociedad civil global» se acuñó en la década de los noventa del siglo pasado. Su nacimiento hay que inscribirlo en el contexto de la caída del Muro de Berlín y el fin de la política de bloques. El final de la llamada «Guerra Fría» abría la posibilidad de hablar de un mundo único que no estuviera dividido en dos partes irreconciliablemente enfrentadas. En realidad, ya durante los años ochenta los grupos pacifistas de Europa occidental y las organizaciones ciudadanas del Este europeo lograron establecer lazos cívicos a través de las fronteras de los bloques. Precisamente, la autora de un libro con un título casi idéntico al de este, Mary Kaldor, estuvo directamente involucrada en el proceso de creación de esos lazos.²

El hecho de que el *término* «sociedad civil global» se acuñara hace dos décadas, no significa que el *fenómeno* que se designa con dicho término haya nacido a fines del siglo pasado. Es verdad que la globalización ha contribuido desde entonces a difundir y popularizar la expresión. Pero procesos de globalización de la sociedad civil han tenido lugar mucho antes, incluso con anterioridad al siglo XX. De hecho, John Keane llega a rastrear las raíces de la sociedad civil global hasta las antiguas ciudades europeas del siglo XI.

En la parte descriptiva de su trabajo, Keane utiliza la estrategia de usar la expresión «sociedad civil global» como un *tipo ideal*. Entiende por tal «un constructo mental o “tipo cognitivo” intencionalmente producido que resulta útil para fines heurísticos (...) aunque sea imposible encontrarlo en forma tan “pura” en ningún lugar» (p. 8). Es decir, se trata de una definición manifiestamente convencional que se utiliza para delimitar y caracterizar el territorio a explorar.

De acuerdo con el tipo ideal que nos propone el autor, la sociedad civil global se caracteriza, en primer lugar, por ser un conjunto de estructuras y actividades no gubernamentales. En esto coincide con Hegel y Habermas, como vimos más arriba. El carácter no gubernamental excluye de la sociedad civil tanto las instituciones estatales como los partidos políticos. Los componentes que la integran constituyen una multiplicidad muy compleja. En ella hay individuos, ONG, empresas o movimientos sociales. Sony, Al-Jazira, la FIFA o la Red global de los Arrecifes de Coral forman parte de la sociedad civil global. Sin embargo, no todas las entidades no estatales pueden considerarse parte de la misma. Por ejemplo, Keane excluye explícitamente a las sociedades cazadoras y recolectoras y a las mafias. Existen también territorios del planeta donde no «llegan» las instituciones de la sociedad civil global (como ciertas zonas de Afganistán o Pakistán, Chechenia o los países africanos donde se libran guerras «inciviles»).

En segundo lugar, la sociedad civil global es una *sociedad*. Eso quiere decir que no se trata de un conjunto de componentes aislados unos de otros, sino que existe un grado, mayor o menor, de interconexión e interdependencia entre ellos. Tampoco se trata de un todo estático, sino que sus elementos integrantes son dinámicos y modifican continuamente las interconexiones existentes entre ellos o crean otras nuevas.

Los actores de la sociedad civil se caracterizan, en tercer lugar, por observar las normas de la *civilidad*. La esencia de esa actitud cívica es la no violencia. Quienes actúan en la sociedad civil mantienen un trato pacífico con los demás y aceptan la

2. Mary Kaldor, *La sociedad civil global*, Tusquets, Barcelona, 2005, p. 9.

diversidad. También tienen la voluntad de excluir y minimizar la violencia existente en el mundo. Observan normas de trato educado e intentan no decir cosas inconvenientes en momentos inoportunos.

Sin embargo, la sociedad civil global no es algo que pueda considerarse plenamente constituido. Se trata de una realidad emergente cuyos contornos resultan, además, borrosos. No es una estructura fuerte, sino un conglomerado muy frágil en relación con el cual no podemos estar seguros de si cuajará o si, por el contrario, acabará por desintegrarse.

El hecho de que Keane hable o se interrogue acerca de la sociedad civil *global* podría hacernos pensar que la diferencia de las sociedades civiles *nacionales*. Sin embargo, eso no es así. El autor subraya precisamente lo contrario: que es imposible establecer dicha distinción.

Este planteamiento es especialmente acertado en un contexto en el que la contraposición interno/externo ha entrado en crisis. La distinción interno/externo es una de las dicotomías estructurantes del pensamiento político moderno. Quizá podría decirse que lo es del pensamiento moderno *tout court*.³ En cualquier caso, en el ámbito político, la clara delimitación entre los asuntos interiores y exteriores se ha desdibujado. Ello es consecuencia, entre otras cosas, del fenómeno de la porosidad de las fronteras estatales. Los Estados ya no controlan los flujos de mercancías, capitales o informaciones que circulan a través de sus fronteras. Se han convertido en Estados «abiertos». Por ello, en muchas ocasiones, los sucesos que acontecen fuera de su territorio tienen tanta o más trascendencia para la vida de sus habitantes que los que acaecen dentro de él.

Keane habla a propósito de esto de fenómenos de integración *profunda*. Uno de estos fenómenos lo constituiría el hecho de que se ha globalizado la división técnica del trabajo. Es decir, la globalización económica no consiste sólo en que se intercambien bienes a todo lo largo y ancho del planeta. Eso sería consecuencia de una división social del trabajo a nivel planetario o de una integración *superficial* en los términos de Keane. Ese tipo de fenómenos ya se ha dado en otras épocas. Pero en el momento presente nos encontramos con que las fases de elaboración de los productos manufacturados se encuentran muchas veces repartidas entre una multiplicidad de países. Así, en un ordenador o un aparato de sonido podemos encontrar componentes producidos en treinta o cuarenta países distintos. Esto es consecuencia de que la división del trabajo a nivel global ya no es sólo social (unos países producen unas cosas y otros, otras), sino técnica (la elaboración de un mismo producto involucra a personas, materiales, máquinas y plantas productivas de diferentes países).

La forma específica de sistema económico que ha hecho posible este tipo de globalización es lo que Keane denomina «turbocapitalismo» (utilizando una expresión acuñada por Luttwak). Y ese capitalismo con turbocompresor sería un factor fundamental de «aporte de energía» (p. 63) a la sociedad civil global.⁴

3. Véanse las reflexiones en relación con este tema contenidas en el libro de Hardt y Negri *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2005.

4. Un complemento a la visión de Keane desde una perspectiva de género puede encontrarse en Lourdes Benería, *Género, desarrollo y globalización*, Hacer, Barcelona, 2005.

MERCADO Y SOCIEDAD CIVIL

Hoy en día hay una propensión a ver el mercado como un mecanismo autorregulado y totalmente autónomo. Esta tendencia es consecuencia de la hegemonía de la ideología neoliberal y de la insistencia de sus portavoces en las bondades del mercado. La obstinación en que la economía y la sociedad funcionan mejor cuanto menos se interfiera en la marcha del mercado contribuye a dar una imagen de este como un mecanismo que subsiste por sí mismo.

Sin embargo esto no es así. Para que el mercado exista y pueda funcionar es necesario asegurar unas pre-condiciones. Algunas de estas las ha garantizado, en el mundo moderno, el Estado. Esto es así en el caso de la protección de la propiedad privada y el aseguramiento del cumplimiento de los contratos, elementos sin los cuales el mercado no podría operar.

En esta misma línea, la tesis de Keane es que el mercado no podría funcionar si lo desgajamos de la sociedad civil. Precisa de los mecanismos e instituciones de esta última y no puede subsistir sin ellos. Un ejemplo de esta dependencia lo podemos encontrar en el caso del trabajo. La fuerza de trabajo no es una mercancía como las demás. No es algo que se produzca *para* ser vendido. El trabajo va indisolublemente unido a la persona que lo realiza. Y esta persona tiene una serie de necesidades que no se satisfacen por medio de mercancías, es decir, que el mercado no puede atender. Se trata de la necesidad de cuidado, de afecto, de placer, de amistad. La satisfacción de estas exigencias sólo la pueden proporcionar las personas e instituciones de la sociedad civil.

La incapacidad del mercado para subsistir sin la sociedad civil lleva a Keane a afirmar que el mercado está «incrustado» en ella. Y, como a su vez, hoy en día la sociedad civil no podría subsistir sin los bienes que se producen y distribuyen por medio del mercado, Keane llega a la conclusión de que «la división entre mercado y sociedad civil es inexistente» (p. 73).

Esta eliminación de la frontera entre mercado y sociedad civil y la consiguiente inclusión de aquel en esta será, sin ninguna duda, uno de los aspectos más polémicos del presente libro. Pues cabe preguntarse si la interdependencia incuestionable entre la sociedad civil y el mercado es una razón suficiente como para prescindir de los límites que las separan. La sociedad civil también depende del Estado y viceversa y, sin embargo, no se plantea en el libro la necesidad de eliminar la distinción entre instancias gubernamentales y cívicas. De hecho, la posibilidad de tal distinción es uno de los presupuestos del libro, pues la sociedad civil se caracteriza como algo eminentemente no estatal. Por otro lado, cabría preguntarse si no habría una postura intermedia entre la independencia de mercado y sociedad civil y su fusión, que aceptase la existencia de una autonomía funcional y conceptual de ambas. En cualquier caso, se trata de una de las tesis fuertes del libro de Keane y seguro que suscita un interesante debate.